

—Pero se encontraban invidiosos en un error clásico de que tu nunca participaste ¿no es verdad?

—Es cierto, contesté con un acento en extremo débil.

—Pues entonces, ya ves que si hubieran participado de tus mismas opiniones, jamás se habrían opuesto á nuestro enlace, como no se opusieron al principio.

No respondí yo mas á mi esposo, y mi ansia crecía, porque la chiquita, que él tenía aun en sus brazos, duplicaba por momentos su llanto.

Temía cometer una imprudencia pidiéndosela á mi esposo, y por otra parte, sus tiernas lágrimas me arrancaban el corazón, por fin, no pude por mas tiempo contenerme, y con un acento suplicante exclamé extendiendo hácia Arturo mis brazos.

—Dámela, porque está muy inquieta, voy á ver si logro calmarla.

Mi esposo por fortuna me complació, y entregándome la niña ¡hija de mi corazón! me volvió con ella la vida.

Arturo permaneció aun otro rato conmigo; mas en seguida, tendiéndome una mano, exclamó: Adios querida, duermes tranquila, tiempo es ya de que reposes, tienes á tu lado el más precioso

tesoro, por el que de continuo suspirabas, que él te haga gozar todo lo posible, y disipe de tu mente los atroces sueños que te han venido á turbar, y que no deben tener por tí tal acogida. Reposa, Marta, mañana vendré á gozar contigo de esa niña, que debe formar nuestra mas cara delicia.

—Adios Arturo, que tú tambien duermas bien, contesté con una fingida calma á mi esposo, pronto éste desapareció dejándome enteramente sola.

En esos mismos instantes, me asaltaron con nueva fuerza los temores; parecíame ver entrar en la mitad de la noche á mi asesino esposo, y un frio glacial hacia estremecer mis miembros, estrechaba entonces contra mi corazón á la bellísima criatura, hubiera querido poderla formar una muralla impenetrable, y que nadie pudiera llegar hasta ella; pero... si yo recibía el primer golpe, no sería dirigido contra ella el segundo, y si la conservaban por compasión la vida, ¿acaso podría mi hija ser feliz sin su madre? ¿Habría alguno que la profesara el amor, en que por ella, mi corazón ardía? ¡Ay! este pensamiento desgarraba mi alma.

Fijos mis ojos en Julia, que reposaba á mi lado la decía con ternura: duermes tierna niña! reposa hija mía! al lado de tu madre, sí, nada temas, yo

velaré tu sueño, y si alguno tratase de dañarte, yo estaré siempre á tu lado, y Dios me dará fuerzas para defenderte; mas luego me venia la idea de mi muerte, y entónces regando con mis lágrimas el cuerpo de mi tierna hijita, pobrecita, añadía ¿qué seria de tí si yo muriese? huérfana y abandonada, ¿qué harías sin las caricias de tu madre? ¡Ay! sola y en poder de un padre que no te ama ¿quién te defendería de sus terribes golpes?... y á esta idea mi temor aumentaba, y redoblaba mi llanto y mi dolor!.....

Así pasé la noche, sin que el sueño cerrara un instante mis cansados párpados.

Al mas leve ruido, temblaba como la flor herida por el rayo, y á cada momento mi imaginacion exaltada me hacia ver la figura de mi esposo, que con asesina mano me venia á arrancar la vida.... mis ojos se fijaban entónces en Julia, ¿cuál es tu crimen? ¡Oh inocente criatura! le preguntaba llenándola de caricias; ¡pobre hija querida! ángel inocente destinada á morir en su propia cuna!.....

Marta estaba muy conmovida, las lágrimas cubrian por completo su semblante, y temerosas de que tan fuertes sensaciones la dañasen, le rogamos suspendiera su narracion y tratara de tranquilizarse.

— ¡Oh! Cuánto bien me hacen vuestro interés y vuestro cariño, nos dijo conmovida, cuando estoy á vuestro lado, me parece encontrarme en el seno de mi familia, entre personas que se interesan de corazón por mí, y que deberas me aman; pero cuando no os veo, cuando solo me rodean personas indiferentes, que parecen con su alegría insultar mi dolor, entónces me siento sola en el mundo, y son tan agudos mis martirios, que á no ser por Julia que me hace amar la vida, pediría al cielo cortara el hilo de esta existencia, y me enviara el descanso de la tumba!.....

Nosotras enternecidas estrechamos en nuestros brazos á aquella jóven tan desgraciada, y prodigándole palabras de ternura y de consuelo, se pasaron rápidas las horas para nosotras, experimentando esas sensaciones tan dulces y gratas, que solo nos proporciona la verdadera amistad.

Permanecemos aun al lado de Marta un largo rato, y en seguida nos separamos de nuestra amiga.

Salimos del Metropolitam, anduvimos largo tiempo por la bellísima Broadway, y poco despues penetramos en Clarendon.

Nos dirigimos á nuestras piezas, y en seguida bajamos á los salones, donde al lado de nuestras

nuevas y simpáticas amigas, se deslizaron rápidas y gratas para nosotras las horas.

El carácter de las hermosas americanas es tan afable y corriente, que las hace generalmente simpáticas. Nosotras nos habíamos intimado especialmente con dos, una jóven inglesa, muy simpática por su figura y cualidades personales, recién casada, y que vivía allí con su esposo, y Maria graciosa jóven americana, ámbas nos hacían mucho cariño.

Tiempo era ya que comenzásemos á recorrer los principales edificios públicos de Nueva-York, lo mismo que sus paseos, templos, etc. Era domingo, el primero que pasábamos en esa populosa ciudad, y nos propusimos salir desde temprano; nos juntamos con Marta en la iglesia católica, y empleamos la mañana en visitar algunos templos,

Comenzamos por la Catedral; no era este el suntuoso templo que aun estaba en construcción y del cual hicimos ya una breve mención: la Catedral era una iglesia no muy grande, y tenía un aspecto triste y antiguo, en el altar mayor que, según recordamos, era de mármol blanco, elevábase un gran crucifijo solo; lo cual daba un aspecto imponente y sério á este lugar venerado.

En el cuerpo de la iglesia se hallaban los di-

versos *pew* de las familias católicas más distinguidas, y en el extremo se encontraban las demás bancas para el resto de los fieles.

Los señores H... habían enviado á nuestra familia la llave de su *pew* para que en el oyésemos misa, estos señores eran una antigua amistad, que la familia, había contraído en el primer viaje á los Estados-Unidos durante su permanencia en Washington. Al saber nuestra llegada á Nueva-York, al momento fueron á visitar á nuestros queridos padres, y nos colmaron de finezas.

Admitimos con verdadera gratitud su oferta para aquel domingo, y ocupamos su *pew* aquella mañana, de manera que pudimos gozar perfectamente de la ceremonia religiosa.

Habíamos ido á la misa mayor, que comenzaba á las 9, había en ella sermón, era cantada, y la acompañaba buena orquesta.

Salió la misa, y nuestro corazón latió con una fuerza extraordinaria, porque hacía algunas semanas que no pisábamos un templo católico, y nuestra alma estaba en aquellos momentos llena de gozo, y extasiada.

Es el catolicismo el orgullo de sus hijos. Los que tenemos la inmensa dicha, la gloria, de pertenecer á esta religión sublime, la única verda-

dera, la sola que por su pompa, su belleza, y sus máximas divinas, ha causado la admiración del mundo, no podemos ménos que sentirnos felices al considerarnos en su seno, tenemos una prerogativa tan admirable, tan sublime, que es imposible no experimentar las mas dulces sensaciones los movimientos más vivos de entusiasmo, siempre que nos encontramos con nuestros hermanos de religion, en un país en que no es ella la predominante, y se profesan otras religiones.

¡Bello, sublime y consolatorio es encontrar por do quier, templos y altares consagrados al culto católico!..... Allí los de todas partes se reúnen, y bajo las bóvedas del templo no nos sentimos en un suelo extraño, estamos como en nuestra patria, y todos los que nos rodean, no nos son indiferentes, ¡son nuestros queridos hermanos! ¡Oh cuán sublimes son los efectos del catolicismo! ¡cuán dulces, cuán gratos al corazón!.....

Los suaves acordes de la música, la voz sonora del ministro del Altísimo, el profundo recogimiento que se notaba en aquel templo, todo conmovió inmensamente el corazón, hasta el punto de brotar de nuestros ojos las lágrimas.

La iglesia se hallaba enteramente llena: en los templos católicos de los Estados Unidos y de

Europa no se nota el desorden que reina muchas veces en nuestras iglesias; allí cada cual ocupa el lugar que le está destinado en una banca, evitándose con esto el aglomeramiento, el tumulto y los escándalos; solo un objeto conduce á los fieles al templo, "hacer oración." Jamás con otras miras se penetra en la casa del Señor.

En los Estados Unidos el templo católico tiene cierta severidad que infunde respeto, se nota en todos un recogimiento que edifica, y al penetrar en él luego se comprende que aquella es casa de oración, y que allí el hombre solo se ocupa de su Dios. ¡Ah, ojalá lo mismo pasara siempre entre nosotros!

Sí, sentiamos al encontrarnos allí cierta satisfacción, un consuelo, una emoción misteriosa que solo la experimenta el verdadero católico, al penetrar en la casa de su padre, del autor de su vida, del bienhechor de la humanidad.

A la hora del sermón, todos se sentaron guardando el más profundo silencio; el orador subió al púlpito pronunciando en inglés un elocuente discurso; la misa concluyó, y entonces salimos del templo realmente edificadas al ver tanta devoción en aquellos católicos, viviendo en medio del protestantismo!

Cuando estuvimos en la calle, comunicamos á

Marta nuestros pensamientos, y conviniendo ella con nosotros, nos dijo.

—No solo en los católicos notareis ese recojimiento, hoy que es domingo, debemos aprovecharlo para visitar algunos templos, y ver las ceremonias de las diversas sectas.

Apoyamos la idea, y acompañadas de nuestros buenos padres, nos propusimos recorrer varias iglesias.

Los domingos son los días más tristes en los países protestantes; todo el día lo dedican á cosas religiosas, y ya en los templos, ó bien en sus casas, se encierran á leer la biblia, sin acudir á ningún paseo ó diversion: el comercio está todo cerrado, es un día enteramente muerto. Observan estas costumbres con la mayor escrupulosidad, y por ningún caso dejan de seguirlas.

Cumpliendo pues con nuestro propósito, habiendo ya satisfecho el precepto de oír misa, continuamos nuestro paseo visitando los templos protestantes, de los cuales, sin entrar en detalles, solo daremos una ligera idea en general.

Las fachadas, por lo regular de piedra rojiza, presentan diversos estilos, aunque el que más predomina es el gótico, pues casi todas las iglesias protestantes tienen esta arquitectura; el interior está ocupado por tribunas y bancas, y muchas

veces, para que pueda entrar mayor concurso, se forman galerías á poca altura. Vese un púlpito en el lugar preferente del templo, al que sube uno de sus sacerdotes á leer y explicar la Biblia, y en esto se pasan, puede decirse, toda la mañana. Antes no era permitida la música entre los protestantes; hoy, parece que tiene muy buena acogida.

¡Oh! qué fastidio nos causaba la permanencia en estos templos! Muchos pensamientos asaltaban en aquellos instantes nuestra mente, y compadecíamos á aquellas pobres gentes, extraviadas y caminando en las tinieblas de una noche perpetua, que las privaba de gozar de la luz bellísima del astro del día.

Salimos pronto de estos templos para dirigirnos á otros; notamos que la forma no es la misma en todos, pues unos la tienen redonda, mientras la de otros es larga, ó casi cuadrada. En el lugar principal de uno de estos templos, si mal no recordamos el de los anabaptistas, se veía una especie de altar en el fondo, y en él hombres vestidos con unas túnicas talares blancas, con incensario en las manos, ejecutando exajeradas genuflexiones y otras ceremonias, cuya vista nos provocaba á risa, costándonos gran trabajo poder contenerla.